

BOSQUEJO DE LAS PRINCIPALES EXPEDICIONES MARITIMAS

Por

Barón de JOMINI

General y ayudante de campo de
Alejandro II de Rusia

Traducido por el capitán de corbeta
Rubén SCHEIHING Navarro



HE PENSADO que es oportuno dar a esta altura, un recuento de las principales expediciones marítimas, para que se tomen en cuenta en relación con las máximas en una invasión (*).

Las fuerzas navales de Egipto, Fenicia y Rodas son las primeras mencionadas en la Historia, pero las informaciones acerca de ellas son confusas. Los persas conquistaron esas naciones, como también el Asia Menor, llegando a ser la potencia más formidable en tierra y mar.

Alrededor de la misma época, los cartagineses, amos de la costa de Mauritania, invitados por los habitantes de Cádiz, pasan el estrecho, colonizando Boetia y toman posesión de las Islas Baleares y Cerdeña, para finalmente, invadir Sicilia.

(*) Este artículo corresponde a un suplemento del autor, a su libro "El Arte de la Guerra", escrito en el año 1862.

Los griegos lidian contra los persas, obteniendo un éxito que ellos no esperaban; no obstante, ningún país había estado más favorablemente situado para ser una potencia marítima que Grecia, con sus cincuenta islas y su extenso litoral.

La marina mercante de Atenas produce su prosperidad y le proporciona el Poder Naval, al cual Grecia debía su independencia. Su flota, unida a la de las islas, fue, bajo el mando de Temístocles, el terror de los persas y de los gobernantes del Oriente. Ellos nunca realizaron grandes invasiones, en atención a que sus fuerzas terrestres no eran proporcionales a las navales.

Los griegos debieron haber formado un gobierno unificado, en vez de una Confederación de Repúblicas y tener las marinas de Atenas, Siracusa, Corinto y Esparta combinadas en una sola, en lugar de combatir entre sí; de lo contrario, es probable que los griegos hubieran conquistado el mundo antes que los romanos.

Si pudiéramos creer las exageradas tradiciones de los historiadores de la antigua Grecia, el famoso ejército de Jerjes no contaba con menos de cuatro mil buques; este número es asombroso, aun cuando podemos encontrarlo en la lectura de Heródoto. Es más difícil creer que, al mismo tiempo, y por un movimiento deliberado, otros cinco mil buques desembarcaran trescientos mil cartagineses en Sicilia, donde fueron totalmente derrotados por Gelón, el mismo día que Temístocles destruía la flota de Jerjes en Salamina.

Se efectuaron otras tres expediciones a Sicilia, al mando de Aníbal, Imilcon y Amílcar, respectivamente, llevando desde cien mil hasta ciento cincuenta mil hombres, los cuales se tomaron Agrigento y Palermo, fundaron Lilybaum y sitiaron dos veces a Siracusa. En la tercera oportunidad, Androcles, con quince mil hombres, desembarcó en Africa, haciendo temblar a Cartago. Esta contienda tuvo una duración de un año y medio.

Alejandro el Grande cruzó el Helesponto con sólo cincuenta mil hombres; su fuerza naval disponía solamente de ciento sesenta velas, mientras que los persas tenían cuatrocientas. Para salvar su flota, Alejandro la envió de vuelta a Grecia.

Después de la muerte de éste, sus generales, preocupados de disputarse la división del Imperio, no realizaron expediciones navales de importancia.

Pirro, invitado por los habitantes de Tarento y apoyado por su flota, desembarca en Italia con veintiséis mil hombres de infantería, tres mil caballos y con el primer elefante que se conoció en Italia. Esto sucedió doscientos ochenta años antes de la Era Cristiana.

El conquistador de los romanos en Heraclea y Ascoli —es difícil comprender por qué—, se dirigió a Sicilia, a pedido del pueblo de Siracusa, para expulsar a los cartagineses. Al ser llamado nuevamente por los tarentinos, después de haber tenido ciertos éxitos, vuelve a cruzar el estrecho, acosado por la flota cartaginesa, a la fecha reforzada por los samitas, concluyendo su marcha en Roma. Luego, es derrotado en Beneventum, cuando volvía a Epiro con nueve mil hombres, todo cuanto quedaba de sus fuerzas.

Cartago había estado prosperando por un largo tiempo al profitar de la ruina de Tiro y el Imperio persa.

Las Guerras Púnicas, entre Cartago y Roma, ahora el poder preponderante en Italia, son las más famosas de los anales marítimos de la antigüedad. Los romanos fueron particularmente sobresalientes por la rapidez con que mejoraron e incrementaron su marina. En el año 264 A. C. sus veleros apenas estaban capacitados para cruzar hasta Sicilia, y ocho años después encontramos a Régulo conquistando Ecnomos, con trescientos cuarenta grandes veleros, cada uno con trescientos galeotes y ciento veinte combatientes, los que hacen ciento cuarenta mil hombres. Se dice que los cartagineses disponían de fuerzas inferiores, entre doce a quince mil hombres y cincuenta buques.

La victoria de Ecnomos —tal vez más extraordinaria que la de Actium— fue el primer paso importante de los romanos hacia su Imperio Universal. El subsiguiente desembarco en Africa, lo efectuaron cuarenta mil hombres, pero gran parte de estas fuerzas fueron devueltas a Sicilia, las restantes fueron derrotadas y Régulo, hecho prisionero, llegó a ser célebre por su muerte, al considerarse ésta como su más famosa victoria.

La gran flota que se conformó para vengarle fue destruida por una tormenta. En el año 249 A. C. los romanos fueron derrotados en Drapanum, perdiendo veintiocho mil hombres y más de cien veleros. Otra flota, durante su desplazamiento para sitiar a Lilybaum, ese mismo año, se pierde a la altura del Cabo Paciturus.

Descorazonado por esta sucesión de desastres, el Senado, por primera vez, resuelve renunciar al mar, pero al comprobar que su poder sobre Sicilia y España era el producto de su superioridad marítima, concluyen que es necesario reconstruir su flota nuevamente, y en el año 242, Lutatius Catullus zarpa con trescientas galeras y setecientos transportes hacia Drapanum, ganando la batalla en las Islas Egates, en la cual los cartagineses perdieron ciento veinte buques. Con esta victoria se cierra la primera Guerra Púnica.

La segunda, que se conoce por la expedición de Aníbal a Italia, tuvo un carácter menos marítimo. Escipión, sin em-

bargo, llevó las águilas romanas a Cartagena y con su captura destruyó para siempre el Imperio cartaginés en España. Finalmente, lleva la guerra al Africa con fuerzas inferiores a las de Régulo; no obstante, tiene éxito al ganar la batalla de Zama, impone una paz oprobiosa a Cartago, y ordena quemar quinientos de sus buques.

Subsecuentemente, el hermano de Escipión cruza el Helesponto con veinticinco mil hombres, ganando la famosa victoria de Magnesia, con lo cual dejó bajo la potestad de los romanos el reino de Antioquía y toda el Asia. Esta expedición fue apoyada por la victoria obtenida en Mionnesus en Jonia, por las flotas combinadas de Roma y Rodas, sobre la flota de Antíoco.

Desde ese momento, Roma no tiene rival y continuará incrementando su poder, utilizando cualquier medio para asegurar su imperio en el mar. Paulo Emilio, en el año 168 A.C. desembarcó en Samotracia a la cabeza de veinticinco mil hombres conquistando Perseo y logrando con esto la sumisión de Macedonia.

Treinta años más tarde, la tercera Guerra Púnica decidió la suerte de Cartago. El importante puerto de Utica, que había sido entregado a los romanos, fue utilizado por una inmensa flota romana para transportar ochenta mil hombres de infantería y cuatro mil caballos. Cartago fue sitiada y el hijo de Paulo Emilio y a la vez hijo adoptivo del gran Escipión, tuvo la gloria de completar las victorias que Emilio y Escipión habían comenzado para derrotar al peor enemigo de su patria.

Después de este triunfo, el poder de Roma en Africa, como también en Europa es supremo, pero su imperio en Asia, en esos momentos, estaba amenazado por Mitrídates. Este poderoso rey, después de tomar posesión sucesiva de los pequeños estados adyacentes, estaba al mando de no menos de doscientos cincuenta mil hombres y de una flota de cuatrocientos buques. Derrota a los tres generales romanos que gobernaban en Capadocia, invade el Asia Menor y allí masacra a no menos de ochenta mil romanos, enviando a continuación un gran ejército a Grecia.

Sylla desembarca en Grecia con un refuerzo de veinticinco mil romanos y re-

toma Atenas; pero Mitrídates envía en sucesión, dos grandes ejércitos a través del Bósforo y Dardanelos; el primero constaba de cien mil soldados que son derrotados en Cheronea; el segundo, de ochenta mil hombres, corrió una suerte similar en Orchomenus. Al mismo tiempo, Lucullus, habiendo reunido todos los recursos marítimos de las ciudades de Asia Menor, islas y especialmente de Rodas, estaba preparado para transportar el ejército de Sylla desde Sestos al Asia. Mitrídates, temeroso, firma la paz.

En la segunda y tercera guerra, las cuales fueron dirigidas por Murena y Lucullus respectivamente, no se efectuaron desembarcos. Mitrídates, que había retrocedido paso a paso hasta Colchis y no le había sido posible mantener contacto con el mar, concibe el proyecto de retornar al Mar Negro a través del Cáucaso, en orden a pasar por Tracia para asumir la ofensiva. Una política difícil de comprender, ante el hecho que era incapaz de defender su reino contra los cincuenta mil romanos que lo amenazaban.

César, en su segundo desembarco en Inglaterra, contaba con seiscientos buques para transportar cuarenta mil hombres. Durante las guerras civiles, envió treinta y cinco mil soldados a Grecia. Antonio, viniendo desde Brundisium para unirse con él, con veinte mil hombres pasó a través de la flota de Pompeyo. En dicho acto se vio favorecido por la suerte de César, como también por los arreglos hechos por sus subalternos.

Posteriormente, César desplazó un ejército de sesenta mil hombres a Africa, pero éstos no viajaron como un cuerpo compacto, sino por destacamentos, en forma escalonada.

En los últimos días de la República Romana, Augusto llevó ochenta mil hombres y doce mil caballos a Grecia para oponerse a Antonio; además de los numerosos transportes que necesitó para movilizar a su ejército, contó con doscientos sesenta buques de guerra para protegerlos. Antonio era superior en fuerzas terrestres, pero confió el imperio del mundo a una batalla naval; disponía de ciento setenta buques de guerra, además de las sesenta galeras de Cleopatra, lo cual conformaba un conjunto de veintidós mil hombres de tropa, sin considerar a los remeros.

Posteriormente, Germánico condujo una expedición de mil veleros, transportando sesenta mil hombres, desde la boca del Rin hasta la boca del Ems. Al regreso, la mitad de su flota fue destruida por una tormenta. Es difícil comprender por qué Germánico, que controlaba ambas riberas del Rin, expuso su ejército a las veleidades del mar, cuando podría haber alcanzado el mismo punto por tierra en unos cuantos días.

Cuando la autoridad de Roma se extendió desde el Rin hasta el Eufrates, las expediciones marítimas fueron muy raras. Las grandes contiendas con las razas del norte de Europa, las cuales comenzaron después de la división del Imperio, mantuvieron ocupados a los ejércitos romanos en Germania y Tracia. La fracción oriental del Imperio mantuvo una poderosa armada, que le permitió mantener la posesión de las islas del archipiélago.

Los cinco primeros siglos de la era cristiana tuvieron algunos eventos interesantes en guerra marítima. Los vándalos, habiendo controlado España, desembarcaron en Africa, al mando de Genserico, con ochenta mil hombres. Fueron derrotados por Belisario, pero al continuar manteniendo bajo su poder las islas Baleares y Sicilia, durante un tiempo controlaron el Mediterráneo.

En la época en que las naciones del Este invadieron Europa, los escandinavos comienzan a desembarcar en las costas de Inglaterra. Sus operaciones son muy poco más conocidas que las de los bárbaros; están escondidas en los misterios de Odín.

Los poetas escandinavos atribuyen dos mil cinco veleros a Suecia. Un cómputo menos lírico, asigna novecientos setenta a los daneses y trescientos a los noruegos, quienes, frecuentemente, actuaban en conjunto.

Los suecos, naturalmente, centraron su atención en el Báltico. Los daneses, estando situados más favorablemente con respecto al Mar del Norte, dirigieron sus esfuerzos hacia las costas de Francia e Inglaterra.

Si las cifras citadas por Depping son correctas, la mayor parte de esos buques no eran más que embarcaciones de pesca propulsadas a remo. También dispo-

nían de galeras con veinte bancos de cuarenta remeros. Las incursiones de los daneses, quienes desde el principio remontaron el Sena y el Loira, nos permiten inferir que la mayor parte de sus veleros eran muy pequeños.

Sin embargo, Hengist, invitado por el bretón Vortigern, transportó a cinco mil sajones a Inglaterra en diez y ocho veleros; ello nos podría indicar que también contaban con buques grandes o que la marina del Elba era superior a la de los escandinavos.

Entre los años 527 y 584 se efectúan tres nuevas expediciones, bajo el mando de Ida y Crida, tomando a Inglaterra para los sajones, quienes la dividieron en siete reinos y debieron pasar tres siglos antes que éstos volvieran a unificarse bajo la autoridad de Egbert.

Por su parte, las razas africanas visitan el sur de Europa. En el 712, los moros cruzan el Estrecho de Gibraltar bajo el mando de Tarik. Sus fuerzas se componían de cinco mil hombres. Este viajó a España por invitación del conde Julián y en vez de encontrar una gran resistencia fue bienvenido por los numerosos enemigos de los visigodos. Esta fue la era feliz de los califas y los árabes bien podrían pasar por libertadores en comparación con los tiranos del norte. El ejército de Tarik, rápidamente aumentó a veinte mil hombres y derrotó a Rodrigo en Jerez, reduciendo su reino al sometimiento.

A la fecha, varios millones de habitantes de Mauritania cruzaron el mar y se establecieron en España, y si sus numerosas migraciones no pueden designarse como invasiones, ellas conforman una de las más curiosas e interesantes escenas de la historia que ocurrió entre las incursiones de los vándalos en Africa y las cruzadas en el Oriente.

Una revolución no menos importante y que ha dejado trazos más perdurables, se produce en el norte con el establecimiento del vasto imperio que ahora conocemos como Rusia.

En 902, Oleg, se dice que embarcó cerca de ochenta mil hombres en doscientos buques en el Dnieper; ellos pasaron las caídas del río y desembarcaron en el Mar Negro, mientras que la caba-

llería los seguía por las riberas. Continuaron hacia Constantinopla, donde forzaron a León el Filósofo a pagar un tributo.

Cuarenta años más tarde, Igor toma la misma ruta con una flota, según se dice, consistente en diez mil veleros. Cerca de Constantinopla, su escuadra, atemorizada por los efectos del fuego griego, se dirige a las costas de Asia, donde desembarca sus fuerzas, que fueron derrotadas, debiendo la expedición retornar a casa.

Sin descorazonarse, Igor reconstruye la flota y el ejército para descender por la boca del Danubio. Nuevamente el emperador Romano I, debe volver a pagar tributo y solicitar la paz (943).

En el 967, Svatoslav, favorecido por la disputa entre Nicephorus y el rey de Bulgaria, embarcó un ejército de sesenta mil hombres, el cual luego de navegar por el Mar Negro, remonta el Danubio y pone sitio a Bulgaria. Llamado por los Petchenegs, quienes estaban amenazando Kien, establece una alianza con ellos. Posteriormente, regresa a Bulgaria rompiendo su alianza con los griegos. A continuación, se refuerza con los húngaros, cruza los Balcanes y marcha a atacar Adrianópolis. El trono de Constantino era detentado por Zimisce, quien era muy apreciado por su pueblo. Este, en vez de comprar su seguridad pagando un tributo como sus antecesores lo habían hecho, prepara un ejército de cien mil hombres, y una flota apreciable, con los cuales rechaza a Svatoslav de Adrianópolis, obligándolo a retirarse a Silistria, para luego tomar por asalto la capital de los búlgaros. El príncipe ruso marcha a su encuentro y se produce la batalla, no muy lejos de Silistria, pero es obligado a volver a entrar en la ciudad, a la cual se establece uno de los sitios más memorables que registra la historia.

En una segunda y más sangrienta batalla, en la cual los rusos dan prueba de un valor prodigioso, nuevamente son derrotados por el número de sus adversarios. Zimisce, glorificando su coraje, firma un pacto justo.

En este mismo período, los daneses eran atraídos por Inglaterra con la esperanza de efectuar pillaje. Se dice que Lotario pidió a su rey, Ogier, que fueran

a Francia a vengar a sus hermanos. Los primeros éxitos de estos piratas aumenta su afición por este tipo de aventuras y por un período de cinco o seis años, sus bandas asuelan las costas de Francia e Inglaterra, devastando a estos países. Ogier, Hastings, Regner y Sigefroi, en algunas oportunidades, efectúan incursiones a la desembocadura del Sena, Loira y finalmente al Garonne. Se cree que Hastings entró al Mediterráneo y ascendió por el Ródano hasta Avignon, pero esto último es dudoso. No se conoce cuáles eran sus fuerzas; pareciera que el mayor número hubiera sido trescientas velas.

En los comienzos del siglo décimo, Rollo desembarca por primera vez en Inglaterra, pero al determinar que tendría muy pocas probabilidades de éxito contra Alfredo, forma una alianza con éste y desembarca en Neustria, en el año 911, avanzando desde Rouen hacia París, mientras otra parte de su ejército marcha desde Nantes a Chartres. Aquí al ser rechazado, Rollo invade y saquea las provincias vecinas. Carlos el Simple, pensando que no existe otro medio para salvar a su reino de esta creciente calamidad, le ofrece a Rollo la excelente provincia de Neustria con la condición que se casara con su hija y se convirtiera al cristianismo, una oferta que fue rápidamente aceptada.

Treinta años más tarde, el hijo de Rollo, molesto por el éxito de Carlos, pide ayuda al rey de Dinamarca. Este le envía una fuerza considerable, con la cual derrota a los franceses, tomando a su rey prisionero y aseguran de este modo para el hijo de Rollo la posesión de toda la provincia de Normandía.

Durante este mismo intervalo (838 al 950), los daneses demuestran una gran hostilidad hacia Inglaterra y Francia; sin embargo, ellos son asimilados en mejor forma por los sajones que por los franceses, en el lenguaje y costumbres. Ivar, después de devastar el reino, se establece con su familia en Northumberland. Alfredo el Grande derrota a los sucesores de Ivar, con lo cual obtiene nuevamente el trono y somete a los daneses.

Pero la situación cambia nuevamente. Sweyn, mucho más afortunado que Ivar,

después de conquistar y devastar Inglaterra, firma la paz, previa cancelación de una fuerte suma de dinero, y regresa a Dinamarca dejando parte de su ejército en Inglaterra.

Ethelred, quien había disputado con Sweyn lo que restaba del poder sajón, pensó que no existía una manera más apropiada para librarse de sus inoportunos huéspedes, que ordenar una masacre simultánea de todos los daneses existentes en su reino (1002). Pero Sweyn reaparece al año siguiente a la cabeza de un imponente ejército, y entre 1003 y 1007, tres flotas, en forma sucesiva, efectúan desembarcos en la costa; desgraciadamente, Inglaterra nuevamente es asolada.

En 1012, Sweyn desembarca en la boca del Humber, y desde este punto se extiende por tierra como un torrente; los ingleses, cansados de obedecer a reyes que no los podían defender, lo reconocen como su soberano en el norte. Su hijo, Canuto el Grande, debe enfrentarse a un rival superior, Edmundo Ironside.

Regresando desde Dinamarca, a la cabeza de una fuerza considerable y ayudado por el pérfido Edric, Canuto asoló la parte sur de Inglaterra y amenazó a Londres. Edmundo es asesinado por Edric, y Canuto, finalmente, es reconocido como rey de toda Inglaterra. Posteriormente, zarpa a la conquista de Noruega y desde este país retorna para atacar a Escocia. A su muerte, su reino fue dividido entre sus tres hijos, de acuerdo con la costumbre de la época.

Cinco años después de la muerte de Canuto, los ingleses asignan la corona a un príncipe anglo-sajón, pero Eduardo, a quien le correspondía, estaba mejor preparado para ser monje que para gobernar. Muere en 1066, dejando a Haroldo una corona, la cual el jefe de los normandos establecidos en Francia se la disputaba, y del cual se decía que Eduardo le había hecho cesión de su reino. Desafortunadamente para Haroldo, su jefe era un hombre muy ambicioso.

El año 1066 está marcado por dos expediciones extraordinarias. Mientras Guillermo el Conquistador estaba preparando en Normandía un ejército gigantesco contra Haroldo, el hermano de éste,

alejado de Northumberland por sus crímenes, obtiene apoyo en Noruega y, con el rey de este país, forman un ejército de treinta mil hombres y una flota de cinco mil veleros, con los cuales desembarcan en las riberas del Humber. Las fuerzas de Haroldo fueron casi totalmente destruidas en una sangrienta batalla que se libró en las proximidades de York, pero una tormenta mucho más formidable se cernía sobre su cabeza. Guillermo, aprovechando la oportunidad que el rey de los anglo-sajones estaba combatiendo con los noruegos, zarpa desde St. Valery con un gran ejército. Hume afirma que tenía en esa oportunidad tres mil transportes, mientras que otras autoridades reducen este número a mil doscientos, los cuales llevaban entre sesenta a setenta mil hombres. Haroldo viajó apresuradamente desde York y entabló una batalla decisiva cerca de Hastings, en la cual encontró una muerte honorable y su afortunado rival, en corto tiempo, controló al país.

Al mismo tiempo, otro Guillermo, de apellido Bras-de-fer, Robert Guiscard, y su hermano Roger, conquistan Calabria y Sicilia con fuerzas muy reducidas (1058 a 1070).

Escasamente, treinta años después de estos memorables eventos, un entusiasta sacerdote anima a Europa con un fanático frenesí y empuja a grandes fuerzas a la conquista de la Tierra Santa, en el Asia.

Al comienzo fue seguido por cien mil hombres y posteriormente, por doscientos mil vagabundos mal armados, los cuales sucumben en gran parte bajo los ataques de húngaros, búlgaros y griegos. Pedro el Ermitaño logra cruzar existosamente el Bósforo y llega frente a Nicea con cincuenta o sesenta mil hombres, los cuales fueron muertos o capturados por los sarracenos.

Una expedición de carácter más militar sucede a esta campaña de peregrinos. Cien mil hombres, conformados por franceses, búlgaros, alemanes y los habitantes de Lorena, bajo el mando de Godofredo de Bouillon, marchan a través de Austria hacia Constantinopla; un número similar, al mando del conde de Tolosa, viajan pasando por Lyon, Italia, Dalma-

cia y Macedonia; por su parte, en Bohemond, el príncipe de Tarento, embarca una fuerza compuesta por normandos, sicilianos e italianos, tomando la ruta de Grecia hacia Gallípolis.

Estas inmensas migraciones nos traen a la memoria las fabulosas expediciones de Jerjes. Las flotas genovesa, veneciana y griega fueron arrendadas para transportar este enjambre de cruzados a través del Bósforo o Dardanelos hacia el Asia. Más de cuatrocientos mil hombres fueron concentrados en las planicies de Nicea, donde ellos vengaron las derrotas de sus antecesores. Posteriormente, Godofredo atravesó Asia y Siria para llegar hasta Jerusalén, donde fundó un reino.

Todos los recursos marítimos de Grecia y de las florecientes repúblicas de Italia se requirieron para transportar estas masas humanas a través del Bósforo y para abastecerlas durante el sitio de Nicea. Esto produjo un gran impulso a los estados costeros de Italia y tal vez, fue el resultado más ventajoso que se obtuvo con las Cruzadas.

El éxito temporal de las Cruzadas fue la fuente de grandes desastres. Los musulmanes, hasta ese momento divididos entre ellos, se agrupan para resistir al infiel, junto con el comienzo de las divisiones en el campo cristiano. Es necesario enviar una nueva expedición para apoyar al reino que estaba siendo amenazado por el bravo Noureddin. Luis VII y el emperador Conrado, cada uno de ellos a la cabeza de cien mil cruzados, marcharon, al igual que lo hicieron sus predecesores, por la ruta de Constantinopla (1142). Pero los griegos, temerosos de las periódicas visitas de estas amenazadoras fuerzas, planearon su destrucción.

Conrado, deseoso de ser el primero, cayó en una trampa que le tendieron los turcos y fue derrotado por parcialidades, en varias batallas por el sultán de Iconium. Luis, más afortunado, derrotó a los turcos en las riberas del Mender, pero al no contar con el apoyo de Conrado, su ejército es molestado y derrotado por parcialidades al pasar por los desfiladeros; además, al estar corto de abastecimientos, quedó confinado en Attalia, en las costas de Pampilia, desde donde hizo

todo lo posible para embarcarse. Los medios suministrados por los griegos fueron insuficientes y no más de quince o veinte mil hombres arribaron con su rey a Antioquía; los restantes perecieron o cayeron en manos de los sarracenos.

Este escaso refuerzo rápidamente se evaporó bajo los ataques del clima y las diarias contiendas con el enemigo, no obstante haber contado con una continua ayuda de pequeños contingentes traídos desde todos los confines de Europa por los veleros italianos. Sin embargo, nuevamente estuvieron a punto de ceder ante los ataques de Saladino; cuando el conde de Roma logra obtener una efectiva alianza entre el emperador Federico Barba Roja, el rey de Francia y el rey de Inglaterra para salvar la Tierra Santa.

El emperador fue el primero en partir. A la cabeza de cien mil alemanes se abre paso a través de Tracia, a pesar de la formal resistencia de los griegos, en esa época gobernados por Isaac Angelus. Marcha hacia Gallípolis, cruza los Dardanelos y coloca bajo sitio a Iconium. Muere a consecuencias de un imprudente baño en un río, que se cree sea el Cydnus. Su hijo, el duque de Swabia, amenazado por los musulmanes y atacado por plagas y enfermedades, se dirige a Ptolemais con escasamente seis mil hombres.

Al mismo tiempo, Ricardo Corazón de León y Felipe Augusto, más juiciosos, toman la ruta marítima y zarpan desde Marsella y Génova con dos flotas inmensas (1190). Conquistan inicialmente Chipre y luego ambos desembarcan en Siria, donde probablemente habrían triunfado a no mediar la rivalidad que surge entre ambos, a consecuencia de la cual, Felipe retorna a Francia.

Doce años más tarde, se forma una nueva Cruzada (1203). Parte de los cruzados se embarcaron desde Provençe o Italia; otros, al mando del conde de Flandes y el marqués de Montserrat, se dirigieron a Venecia con la intención de embarcarse allí. Esta última parte del ejército fue persuadida por el talentoso Dandolo que lo ayudaran a atacar Constantinopla, bajo el pretexto de defender los derechos de Alexis Angelus, el hijo de Isaac Angelus, quien había combatido al emperador Federico y era el sucesor de

aquellos que habían logrado la destrucción de los ejércitos de Conrado y Luis VII.

Veinte mil hombres tenían la determinación de atacar la más antigua capital del mundo, la cual disponía de, a lo menos, doscientos mil defensores. La asaltaron por tierra y mar, capturándola. El usurpador escapó y Alexis volvió a ocupar el trono, pero le fue imposible continuar en él; los griegos provocan una insurrección en favor de Murzupha, pero los latinos toman posesión de Constantinopla después de un asalto más sangriento que el primero y colocan en el trono a su jefe, el conde Balduino de Flandes. Este imperio perduró medio siglo. Los griegos remanentes se refugiaron en Nicea y Trebizonda.

Una sexta expedición dirigida contra Egipto es encabezada por Juan de Brienne, quien, no obstante obtener un éxito inicial en el horrible asedio a Damietta, fue obligado a retirarse ante el constante repudio y esfuerzos de la población musulmana. Lo restante de su espléndido ejército, luego de un difícil escape hacia el Nilo, se consideró muy afortunado al lograr comprar el permiso para regresar a Europa.

La corte de Roma, cuyo interés era mantener un sello de cristiandad en estas expediciones, obteniendo con ello todos los frutos, alienta a los príncipes alemanes para respaldar al vacilante reino de Jerusalén. El emperador Federico y Landgrave de Hesse se embarcan en Brundisium en 1227, a la cabeza de cuarenta mil soldados escogidos. Landgrave y posteriormente el propio Federico caen enfermos; la flota los deja en Tarento; desde dicho puerto el emperador, irritado por la presunción de Gregorio IX, quien lo excomulgó debido a su lentitud en cumplir sus deseos, continuó su viaje con diez mil hombres, olvidando los temores que le producían las tormentas pontificias.

Luis IX, animado por los mismos sentimientos de temor o impelido —si le podemos creer a Ancelot— por motivos de su fuerte carácter, sale desde Aignes-Mortes, en 1248, con mil veinte veleros y mil quinientas embarcaciones menores, alquiladas a genoveses, venecianos y catalanes. En aquella época Francia no te-

nía marina, a pesar de estar bañada por dos mares. Este rey se dirigió a Chipre, donde reunió una mayor cantidad de tropas, zarpó —según cuenta Joinville— con más de mil ochocientos veleros para desembarcar en Egipto. Su ejército debió haber tenido unos ochenta mil hombres, no obstante, la mitad de su flota se dispersó naufragando cerca de las costas de Siria. Unos meses más tarde marcha sobre El Cairo con sesenta mil soldados, de los cuales veinte mil iban montados. Se debe acotar que el conde de Poitiers había llegado con tropas de refuerzo desde Francia.

La desgraciada fortuna que experimentó este espléndido ejército, no sirvió de escarmiento para que este mismo rey se embarcara en una nueva Cruzada, veinte años más tarde (1270). En esta ocasión desembarca cerca de las ruinas de Cartago y pone sitio a Túnez. Las plagas diezmaron la mitad de su ejército en unos pocos meses, siendo él una de las víctimas. El rey de Sicilia, que llegaba con poderosos refuerzos, en la fecha de la muerte de Luis, ordena regresar a lo que queda del ejército a Sicilia, siendo sorprendido durante el viaje por una tormenta que destruye a veinte buques grandes, con cuatro mil soldados. Esta desgracia no desalienta al príncipe en sus deseos de conquistar el imperio griego y de Constantinopla, el cual le parece un premio de mayor valor y más fácil de obtener.

Felipe, el hijo y sucesor de Luis, estaba ansioso de regresar a Francia y no quiso saber nada de dicho proyecto. Este fue el último esfuerzo realizado. Los cristianos dejados abandonados en Siria fueron destruidos en los notables ataques a Trípoli y Ptolemais; las órdenes religiosas que lograron salvarse, se refugiaron en Chipre o se establecieron en Rodas.

Por su parte, los musulmanes cruzaron los Dardanelos por Gallípolis en 1335, y tomaron posesión, una después de otra, de las provincias europeas del Imperio Oriental, a las cuales los mismos latinos las habían condenado.

De Mahomed II, mientras sitiaba a Constantinopla, en 1453, se dice que tenía una flota que fue transportada por tierra para colocarla en el canal y así cerrar el puerto. Esta debió haber sido lo

suficientemente grande como para movilizar a veinte mil soldados de infantería seleccionados. Después de la captura de esta capital, Mahomed vio sus medios incrementados por todos los navíos griegos, con lo cual, en muy corto tiempo, su imperio llegó a ser una gran potencia marítima. Dispuso entonces atacar Rodas y Otranto, en Italia, mientras él se dirigía hacia Hungría en busca de un oponente más poderoso. Siendo rechazado y herido en Belgrado, el sultán cae con su flota sobre Trebizonda, tomando la ciudad, para luego continuar con una escuadra de cuatrocientos veleros efectuando un desembarco en la isla Negroponto, que toma por asalto. Acto seguido, intenta un segundo ataque a Rodas. A la cabeza de cien mil soldados envía a uno de sus mejores capitanes, pero son rechazados. Mahomed se prepara para concurrir en persona con un inmenso ejército, adiestrado en las playas de Jonia; dicho ejército ha sido estimado por Vertot en trescientos mil hombres, pero la muerte pone término a su carrera y el proyecto no se llevó a efecto.

Dentro de este mismo período, Inglaterra comienza a convertirse en gran potencia para sus vecinos, ya sea en tierra como en el mar. Los holandeses, también sienten que su país está llamado a los caminos marítimos y comienzan a crear los fundamentos para desarrollar un poder marítimo más extraordinario que el de Venecia.

Eduardo III desembarca en Francia y conquista Calais con ochocientos buques y cuarenta mil hombres.

Enrique V efectúa dos incursiones, en 1414 y 1417; según se dice, contaba con mil quinientos veleros y sólo treinta mil hombres, de los cuales seis mil pertenecían a la caballería.

Todos estos eventos que hemos descrito se desarrollaron durante este período, incluyendo la captura de Constantinopla y todos ellos son anteriores a la invención de la pólvora. Algunos escritores han dicho que Enrique V poseía cañones en Agincourt, pero estamos seguros que éstos no se utilizaron en acciones navales.

Después de esta fecha, todas las combinaciones de armamentos fueron cam-

biadas completamente, y se produce una revolución, si se me permite emplear esta expresión. En el mismo período se encuentra la utilización del compás magnético, el descubrimiento de América y del Cabo de Buena Esperanza, por donde girará el comercio marítimo mundial hacia nuevos horizontes, para establecer un sistema completamente nuevo de dependencias coloniales.

No voy a mencionar detalladamente las expediciones de los españoles a América, o las de los portugueses, holandeses e ingleses a la India, doblando por el Cabo de Buena Esperanza. No obstante su gran influencia sobre el comercio mundial —a pesar del genio de Vasco de Gama, Albuquerque y Cortés— estas expediciones fueron realizadas por cuerpos pequeños de doscientos o trescientos hombres contra tribus que no conocían las armas de fuego y que carecen de interés desde el punto de vista militar.

La marina española, cuya fama había aumentado considerablemente con el descubrimiento del Nuevo Mundo, se encontraba en el cenit de su esplendor durante el reinado de Carlos V. Sin embargo, la gloria de su expedición a Túnez, conquistado por este príncipe a la cabeza de treinta mil soldados escogidos, desplazados en quinientos veleros genoveses y españoles, se vio contrarrestada por el desastre que se produjo en una expedición similar contra Argelia (1541), acción emprendida cuando la temporada estaba muy avanzada y en oposición a los consejos del almirante Doria. La expedición apenas había zarpado cuando el emperador pudo ver cómo ciento sesenta de sus buques y ochenta mil hombres eran tragados por las olas. Los remanentes fueron salvados por el talento y destreza de Doria, quien los llevó a reunirse en el Cabo Metafuz, hasta donde llegó Carlos V en persona, luego de pasar grandes dificultades y peligros.

Mientras estos sucesos se desarrollaban, los descendientes de Mahomed no despreciaron las ventajas que les daba la posesión de tan magníficas provincias marítimas, las cuales les enseñaron de inmediato la importancia que tiene el control del mar, y consecuentemente, se proporcionaron los medios para obtenerlo. A la fecha, los turcos estaban completa-

mente informados en lo referente a la artillería y en general, a todos los aspectos del arte militar de los europeos. Alcanzaron el ápice de su apogeo bajo Solimán I, quien sitió y capturó Rodas (1552) con un ejército —según se dice— de ciento cuarenta mil hombres, número que continúa siendo extraordinario, aún en el caso que este contingente hubiera sido exagerado en la mitad de sus efectivos.

En 1565, Mustafá y el célebre Dragut, desembarcaron en Malta —donde Knight de Rodas había construido un nuevo establecimiento—, transportando cerca de treinta y dos mil soldados en ciento cuarenta buques. Juan de Valetta, como bien sabemos, ganó la inmortalidad y la fama al rechazarlos.

Una expedición más formidable, consistente en doscientos buques y cincuenta y cinco mil soldados, se envió en el año 1527 a la isla de Chipre, donde se capturó Nicosia y se puso sitio a Famagusta. Las horribles crueldades practicadas por Mustafá aumentaron la alarma ocasionada por su avance. España, Venecia, Nápoles y Malta unieron sus fuerzas navales para socorrer a Chipre; pero Famagusta había sido tomada, no obstante la heroica defensa de Bragadino, quien fue pérfidamente desollado vivo por orden de Mustafá, para vengar así la muerte de cuarenta mil turcos que habían perecido en el espacio de dos años que se gastaron en la isla.

La flota aliada, bajo las órdenes de dos héroes, don Juan de Austria, hermano de Felipe II, y Andrea Doria, atacaron a la escuadra turca a la entrada del Golfo de Lepanto, cerca del promontorio de Actium, donde en una oportunidad Antonio y Augusto combatieron por el imperio del mundo. La flota turca resultó casi totalmente destruida, más de doscientos veleros y treinta mil turcos fueron capturados o perecieron (1571).

Esta victoria no puso término a la supremacía de los turcos, pero fue un serio escollo en el avance hacia su grandeza. Sin embargo, ellos desarrollaron grandes esfuerzos y lograron conformar otra gran flota en el plazo de un año. La paz dio término a estos encuentros que producían tan enormes pérdidas.

La mala fortuna que acompañó a Carlos V en su expedición contra Argel, no disuadió a Sebastián de Portugal de sus deseos de conquistar Marruecos, adonde había sido llamado por un príncipe moro, a quien le habían sido arrebatados sus derechos. Habiendo desembarcado en las playas de Marruecos, a la cabeza de veinte mil soldados, el joven príncipe pierde la vida y su ejército es cortado en pedazos, en la batalla de Alcazarquivir, librada contra Muley Abdulmalek, en el año 1578.

A Felipe II, cuyo prestigio estaba aumentando desde la batalla naval de Lepanto, sumado a los éxitos diplomáticos obtenidos en Francia y considerando la debilidad de los adherentes a la Liga, le hace pensar que sus armas eran irresistibles. Pretende entonces postrar a Inglaterra ante sus pies. La Invencible Armada, tan famosa, debería ser el medio para ello. Ella estaba compuesta de una fuerza expedicionaria procedente de Cádiz, incluyendo, de acuerdo a lo establecido por Humes, ciento treinta y siete buques armados con dos mil seiscientos treinta cañones de bronce, que transportaba a veinte mil soldados, además de once mil marineros.

A la fuerza anterior debía agregarse un ejército de veinticinco mil hombres que el duque de Parma traía desde Holanda por el camino de Ostende. Una tempestad y los esfuerzos de los ingleses provocan el fracaso de esta expedición, la cual, no obstante su considerable magnitud para la época en que se preparó, no correspondió al grandioso título que se le dio, perdiendo trece mil hombres y la mitad de sus buques antes que lograra acercarse a las costas inglesas.

Después de esta expedición, viene en orden cronológico, la de Gustavo Adolfo a Alemania (1630). Su ejército estaba compuesto, solamente, entre quince a dieciocho mil hombres, la flota era bastante grande y contaba con nueve mil marineros. El historiador Mr. Ancillon debe, sin embargo, estar equivocado al establecer que ellos transportaban ocho mil cañones. El desembarco en Pomerania recibió muy poca oposición por parte de las tropas imperiales, pues el rey de Suecia tenía gran número de partidarios

entre el pueblo alemán. Su sucesor fue el líder de una extraordinaria expedición, que solamente en una oportunidad ha sido igualada. Me refiero a la marcha de Carlos X de Suecia, a través del Belt sobre el hielo, moviéndose desde Sleswig hacia Copenhagen, pasando a través de la isla Fionia (1658). Para esta acción contaba con veinticinco mil hombres, de los cuales nueve mil eran de caballería y artillería repartidos proporcionalmente. El tránsito se debió realizar rápidamente debido a la inseguridad del hielo, pues varias piezas de artillería y aun el propio carruaje real, se rompieron o perdieron durante el viaje.

Después de setenta y cinco años de paz, la guerra entre venecianos y turcos se reinició en 1645. Estos últimos movilizaron un ejército de cincuenta y cinco mil hombres, en cincuenta veleros que enviaron a Candia (Creta), donde obtuvieron la posesión del importante puerto de Canea, antes que la República pudiera enviar socorro a los venecianos.

Aun cuando los ciudadanos de Venecia habían comenzado a perder ese espíritu que los había hecho grandes, todavía se encontraban entre los ciudadanos hombres de gran valor, tales como Morosini, Grimani y Mocernigo, quienes lucharon durante varios años contra los turcos, que contaban con grandes ventajas derivadas de su superioridad numérica y de la posesión de Canea. Sin embargo, la flota veneciana, que había estado ganando ascendientes bajo la conducción de Grimani, se vio frenada cuando un tercio de ella fue destruida por una furiosa tempestad, en la cual pereció hasta el propio almirante.

En 1648 se inicia el sitio de Candia. Jussuf atacó furiosamente la ciudad a la cabeza de treinta mil hombres y luego de haber sido rechazado en dos intentos, tiene el coraje de realizar un tercero mediante el cual logra producir una gran brecha. Los turcos entran a la ciudad y allí se encuentran con Mocernigo, el cual esperaba morir en la contienda. Pero como recompensa obtiene una brillante victoria por su heroica conducta; el enemigo es rechazado y la brecha es tapada con los cuerpos de los turcos muertos en la acción.

Venecia pudo haber desalojado a los turcos de Candia enviando unos veinte

mil hombres, pero Europa le proporciona un débil apoyo, en vez de haber llamado al servicio a todos los hombres que estuvieran en condiciones de tomar las armas.

El sitio se reanuda después de un corto tiempo, durando un poco más que el de Troya y cada campaña se caracteriza por nuevos intentos de parte de los turcos para apoyar a su ejército y por las victorias ganadas por las fuerzas navales venecianas, impidiéndolo.

Los venecianos se habían mantenido al día con las últimas tácticas navales europeas, quedando en absoluta superioridad técnica sobre los musulmanes, ya que éstos se aferraban a sus antiguas costumbres, debiendo pagar muy caro cada intento que hicieron de salir de los Dardanelos. Tres personas de apellido Morosini y varios Mocernigos, se hicieron famosos durante estas contiendas.

Finalmente, el famoso Coprougli —que llegó por sus propios méritos a ocupar la cabeza del Ministerio Otomano— se decide a tomar la dirección de la guerra bajo su mando, pues ésta se había prolongado demasiado. Consecuentemente, se dirige a la isla, donde sus transportes habían desembarcado cincuenta mil hombres, con los que ataca vigorosamente (1667).

En este sitio memorable los turcos demuestran más destreza que en sus ataques anteriores. Su artillería de grueso calibre fue muy bien empleada, y, por primera vez, ellos utilizan trincheras, invención de un ingeniero italiano.

Los venecianos, por su parte, habían mejorado notablemente sus métodos de defensa con minas. Nunca antes se había visto tanto celo por parte de los contendores para destruirse mutuamente mediante combates, minas y asaltos. La heroica resistencia de la guarnición les permitió mantenerse durante todo el invierno. En la primavera, Venecia envía refuerzos al mando del duque de Feuillade, que llega con unos cuantos miles de voluntariosos franceses.

Los turcos, que también habían recibido un poderoso refuerzo, redoblan su aliento y vigor. El sitio se estaba haciendo muy estrecho, cuando llegaron los seis mil franceses a auxiliar a la guarnición al mando del duque de Beaufort y Navai-

lles (1669). Una salida muy mal conducida descorazona a este presuntuoso joven, y Navailles, disgustado por los sufrimientos padecidos durante el sitio, asume la responsabilidad y luego de dos meses, regresa con el remanente de sus tropas a Francia. Morosini, teniendo a la fecha sólo tres mil exhaustos hombres para defender la ciudad abierta por todos lados, finalmente consiente en evacuarla, después de lograr una tregua, que posteriormente se convertiría en un tratado de paz.

Candia les había costado a los turcos veinticinco años de esfuerzos y más de cien mil soldados muertos, en dieciocho asaltos y varios cientos de salidas. Se estima que cerca de treinta y cinco mil cristianos, de diversas nacionalidades, perdieron la vida en la gloriosa defensa de la ciudad.

La contienda entre Luis XIV, Holanda e Inglaterra nos proporciona ejemplos de grandes operaciones navales, pero no de desembarcos de importancia. El de Jaime II, en Irlanda (1690), lo realizaron solamente seis mil franceses; no obstante, la flota de De Tourville compuesta de setenta y tres buques de línea, transportaba cinco mil ochocientos cañones y veintinueve mil marineros. Se cometió un grave error al no desembarcar en Irlanda, a lo menos, veinte mil hombres, cuando éstos estaban disponibles. Dos años después, De Tourville la había conquistado, en el famoso día de La Haya, pudiendo regresar con las tropas desembarcadas, en virtud de las estipulaciones de un tratado, el cual requería su evacuación de la isla.

A comienzos del siglo XVIII los suecos y rusos ejecutan dos expediciones de diferente cometido.

Carlos XII, deseando apoyar al duque de Holstein, efectúa un desembarco en Dinamarca, al mando de veinte mil hombres, transportados por doscientos veleros protegidos por una poderosa escuadra. En realidad fue apoyado por las marinas inglesa y holandesa, pero no por eso la expedición fue menos importante, si consideramos los detalles del desembarco. Este mismo príncipe, efectuó otro desembarco en Livonia para ayudar a Narva, pero en esta oportunidad desembarcó sus tropas en un puerto sueco,

Pedro el Grande, al tener ciertas quejas en contra de los persas y deseando aprovecharse de sus disensiones, se embarca en el Volga (1722), y navega el Mar Caspio con doscientos setenta veleros que acarreaban veinte mil soldados de infantería. Desembarcó en Agrakhan, en la desembocadura del Koison, lugar donde esperaba encontrarse con la caballería. Esta fuerza consistente en nueve mil dragones y cinco mil cosacos, se le reúne luego de una marcha terrestre a través del Cáucaso.

El zar, luego de conquistar Derbent, pone sitio a Bakú, para finalmente firmar un tratado con una de las partes en desacuerdo, que en esa época era cosa común en el imperio de los Soofees. Logra la cesión de Astrabad, la llave del Mar Caspio, y, en alguna medida, de todo el Imperio Persa.

El período de Luis XV nos proporciona solamente algunos ejemplos de expediciones secundarias, excepto tal vez aquella dispuesta por Richelieu contra Menorca, que se considera muy gloriosa como escalada, pero menos extraordinaria como desembarco.

En 1762, una flota inglesa zarpa desde Portsmouth y a ésta se le agrega una parte de la escuadra proveniente desde Martinica. Todos juntos sumaban diecinueve buques de línea, dieciocho veleros de guerra pequeños y ciento cincuenta naves de transporte, que, a su vez, acarreaban diez mil hombres. La expedición sitió y capturó La Habana.

Sin embargo, los españoles, en 1775, efectuaron un desembarco con quince o dieciséis mil hombres en Argelia, en orden a castigar a aquellos ladrones del mar por sus actos de piratería. Pero la expedición, por buscar un accionar armonioso entre la escuadra y las fuerzas terrestres, no tuvo éxito, por causa del gran fuego con que fueron recibidas las tropas por parte de los mosqueteros turcos y árabes que se hallaban dispersos en los alrededores de la ciudad. Las tropas se vuelven a embarcar después de haber perdido dos mil hombres en el campo de batalla.

La Guerra Americana (1779) se desarrolló en la época de los más grandes esfuerzos marítimos franceses, ante el asombro de Europa por este poder. Fran-

cia decidió enviar al conde d'Estaing a América con veinticinco buques de línea; mientras que al mismo tiempo M. Orvillers, con una flota franco-española de sesenta y cinco buques de línea, serviría de cobertura a un desembarco que efectuarían cuarenta mil hombres en trescientos transportes, que se estaban preparando en Le Havre y St. Malo.

Esta nueva armada se movió bastante durante varios meses, pero no logró hacer nada positivo, hasta que finalmente el viento la llevó a puerto.

D'Estaing fue más afortunado, y al obtener superioridad en las Antillas desembarcó en los Estados Unidos con seis mil franceses al mando de Rochambeau, al que acompañó, un poco más tarde, otra división que le ayudó a cubrir al ejército inglés, al mando de Cornwallis en Yorktown (1781). La independencia de América quedaba asegurada. Francia pudo haber obtenido un triunfo de efectos más duraderos, sobre su implacable rival, pues, además del despliegue hecho en el canal inglés, había enviado diez buques, con siete u ocho mil hombres, a la India, con el almirante Suffren.

Durante la revolución francesa hay algunos ejemplos de desembarco: el fuego en Toulon, la emigración y batalla de Ushant causaron grandes pérdidas a la Armada francesa.

La expedición de Hoche contra Irlanda con veinticinco mil hombres, fracasó al ser dispersada la escuadra por el viento y no se hizo ningún intento posterior (1796).

En la misma data, la expedición de Bonaparte a Egipto, consistente en veintitrés mil hombres, trece buques, diecisiete fragatas y cuatrocientos transportes, obtiene al comienzo grandes éxitos, a los cuales siguieron tristes reveses. Los turcos, con la esperanza de expulsarlo, desembarcaron quince mil hombres en Aboukir, pero todos ellos fueron capturados o empujados hacia el mar, no obstante la ventaja que les proporcionaba la península para atrincherarse y esperar refuerzos. Este es un excelente ejemplo para imitar en una acción defensiva bajo circunstancias similares.

Una expedición de considerable magnitud que fue enviada en 1802 a Santo

Domingo se considera sorprendente como desembarco; pero un fracaso como operación, debido al aniquilamiento que produjo en sus efectivos la fiebre amarilla.

Debido a los éxitos obtenidos contra Luis XIV, los ingleses prestaron mayor atención a la destrucción de las flotas rivales y a la subyugación de sus colonias, que a la realización de grandes maniobras de desembarco. Los intentos realizados durante el siglo dieciocho contra Brest y Cherburgo con cuerpos de ejército de diez a doce mil hombres, no significaron nada para el corazón de un poderoso estado como era Francia.

Las notables conquistas que les proporciona a los ingleses su imperio de la India se produjeron en sucesión; obtenida la posesión de Calcuta y luego Bengala, se fueron fortaleciendo además con la llegada de nuevas tropas, que arribaron en forma de pequeñas oleadas, como asimismo, por el empleo de cipayos, de los cuales disciplinaron una cantidad cercana a ciento cincuenta mil hombres.

La expedición anglo-rusa contra Holanda, en 1799, estuvo compuesta de cuarenta mil hombres, pero no todos fueron desembarcados al mismo tiempo. Sin embargo, el estudio de los detalles de esta operación es sumamente interesante.

En 1801, Abercrombie, después de amenazar El Ferrol y Cádiz, efectuó un desembarco en Egipto con veinte mil ingleses. Los resultados de esta expedición son bien conocidos.

La expedición del general Stuart a Calabria (1806), después de un relativo éxito en Maida, se efectuó con el propósito de reobtener la posesión de Sicilia. Aquella intentada contra Buenos Aires, tuvo resultados más desafortunados, finalizando en una capitulación.

En 1807, Lord Cathcart atacó Copenhague con veinticinco mil hombres, sitió y bombardeó la ciudad, logrando el control de la flota danesa, su objetivo fundamental.

En 1808, Wellington aparece en Portugal con quince mil hombres. Después de conseguir la victoria de Vimeira y al ser apoyado por los portugueses, forzó a Junot a evacuar el reino. Este mismo

ejército, al aumentar sus efectivos hasta veinticinco mil y colocados bajo el mando de Moore, realiza un intento de penetrar en España, con la intención de socorrer a Madrid, pero es forzado a retirarse a La Coruña y desde allí debe reembarcarse, luego de sufrir severas pérdidas.

Wellington ejecuta un nuevo desembarco con refuerzos en el Portugal, llegando a completar un ejército de treinta mil ingleses, pero incluyendo también a muchos portugueses. Con estas fuerzas vengó las desgracias de Moore, al sorprender a Soult en Oporto (mayo, 1809) y luego de derrotar a Joseph en Talavera, bajo las mismas puertas de su capital.

La expedición a Amberes, en el mismo año, se considera como una de las más grandes que se ejecutaron en tiempos de Enrique V. Estuvo compuesta por no menos de setenta mil hombres en total: cuarenta mil hombres de las fuerzas terrestres y treinta mil marineros. No consiguió obtener ningún éxito debido a la incapacidad de su líder.

Un desembarco de características similares al de Carlos X de Suecia efectuaron treinta batallones rusos, al pasar el Golfo de Botnia sobre el hielo, en cinco columnas, con toda su artillería. Su objetivo era tomar posesión de las islas Aland y crear así un sentimiento de aprensión a las puertas de Estocolmo. Otra división pasó el golfo hacia Umea (marzo, 1809).

El general Murray desarrolló exitosamente un bien planeado desembarco en las vecindades de Tarragona, en 1813, con la intención de cortar a Suchet de Valencia. Sin embargo, luego de algunas operaciones afortunadas, consideró más apropiado reembarcarse.

La expedición preparada por Inglaterra contra Napoleón, después de su regreso de la isla de Elba, en 1815, fue impresionante si se toma en cuenta la gran cantidad de material desembarcado en Ostende y Amberes. El ejército anglohanoveriano contaba con sesenta mil hombres, pero algunos de éstos vinieron por tierra y otros desembarcaron en puertos amigos.

Los ingleses se vieron comprometidos

en otra acción ese mismo año, la cual también puede ser considerada como muy extraordinaria. Me refiero al ataque a la capital de los Estados Unidos. El mundo quedó asombrado al ver cómo un puñado de siete u ocho mil ingleses hacían su aparición en el medio de un Estado de diez millones de habitantes, tomaban posesión de su capital y destruían todos los edificios públicos. Esto resulta sin precedentes en la historia. Podríamos intentar menospreciar el espíritu militar de los habitantes de esos estados, si no se hubiera formado una milicia, como aquellas de Grecia, Roma y Suiza, para defender sus hogares contra ataques todavía más poderosos, y si, en el mismo año, una expedición inglesa mayor que la anterior, no hubiera sido derrotada por la milicia de Louisiana y de otros estados, bajo las órdenes del general Jackson.

Si se exceptúan las fabulosas cantidades de efectivos empleados por Jerjes y en las Cruzadas, no se ha realizado ni planeado ninguna acción de desembarco, especialmente desde que las flotas fueron dotadas con una poderosa artillería, que pueda compararse con el gigantesco proyecto y los correspondientes preparativos hechos por Napoleón para lanzar ciento cincuenta mil veteranos en las playas de Inglaterra, utilizando tres mil lanchas o cañoneras protegidas por sesenta buques de línea.

De la narración que antecede, el lector podrá inferir que existen diferentes tipos de dificultades y probabilidades de éxito entre los desembarcos intentados a través de un estrecho brazo de mar, de sólo unas pocas millas de ancho y aquellos en los cuales las tropas y el material debe ser transportado largas distancias por mar abierto. Estos hechos nos permiten encontrar la razón de por qué muchas de las operaciones de este tipo se han realizado a través del Bósforo.

Los siguientes párrafos han sido compilados de datos auténticos:

En 1830, el gobierno francés envió una expedición a Argelia; estuvo compuesta por un ejército de treinta y siete mil quinientos hombres y mil ochenta piezas de artillería. Se utilizaron más de quinientos buques de guerra y transportes. La flota zarpó en esta oportunidad de Tolón.

En 1838, Francia envió una flota de veintidós veleros a Veracruz. Después de corto bombardeo, el castillo de San Juan de Ulloa cayó en sus manos. Una pequeña fuerza de aproximadamente mil hombres en tres columnas tomó por asalto la ciudad de Veracruz, al encontrar una resistencia muy débil.

En 1847, los Estados Unidos efectúan un desembarco en las costas mexicanas de Veracruz, con un ejército de trece mil hombres bajo el mando del general Scott. Se utilizaron ciento cincuenta veleros, incluyéndose en este número a buques de guerra y transportes. Rápidamente, la ciudad de Veracruz y el castillo de Juan de Ulloa pasan a manos de las fuerzas norteamericanas. Este importante puerto llegó a convertirse en una base de operaciones secundaria, para la brillante campaña que culmina con la captura de Ciudad de México.

En 1854 se inicia la memorable y gigantesca contienda entre Rusia, por un lado, y Francia, Inglaterra, Cerdeña y Turquía, por el otro. Se efectuaron varios desembarcos por parte de las fuerzas aliadas, en diferentes puntos de la costa rusa; el primero de éstos se realizó en el Mar Báltico.

Una flota inglesa, al mando de Sir Charles Napier, zarpó desde Spithead, el 12 de marzo; otra escuadra francesa lo hace desde Brest, comandada por el vicealmirante Parseval Deschenes, el 19 de abril. El día 11 de junio, ambas fuerzas se reúnen en la bahía de Barosund. La flota aliada quedará conformada por treinta buques, cincuenta fragatas, corbetas y otras naves menores. Los comandantes navales deseaban atacar las defensas de Bomarsund, ubicado en una de las islas Aland; pero, después de un reconocimiento, llegan a la conclusión que era necesario contar con fuerzas de desembarco. De inmediato se despachó a Bomarsund un cuerpo francés de diez mil hombres, al mando del general Baraguay-d'Hilliers, y el lugar fue reducido rápidamente.

Posteriormente, en el mismo año, se desarrolló la gran expedición a Crimea. A continuación se mencionarán algunos datos para dar una idea de su magnitud:

El 14 de septiembre de 1854 desembarca cerca de Eupatoria un ejército

compuesto de cincuenta y ocho mil hombres y dos mil piezas de artillería, de los cuales treinta mil eran franceses, veintiún mil quinientos ingleses y siete mil turcos. El ejército fue transportado desde Varna al lugar de desembarco por trescientos ochenta y nueve buques de todos tipos. Esta fuerza combatió y ganó la batalla de Alma (20 de septiembre) y luego se dirigió a Sebastopol. Los ingleses tomaron posesión de la bahía de Balaklava y los franceses de la de Kamiesch; estas bahías se constituyeron en puertos a través de los cuales se recibieron, posteriormente, refuerzos y abastecimientos para el ejército de Crimea.

En la batalla de Inkermann, el ejército aliado contaba con setenta y un mil hombres. Al finalizar el mes de enero de 1855, las fuerzas francesas sumaban setenta y cinco mil hombres y diez mil caballos. A la misma fecha los ingleses habían enviado a Crimea cincuenta y cuatro mil hombres, de los cuales sólo quince mil estaban disponibles para la acción.

El 4 de febrero, las fuerzas francesas habían aumentado a ochenta y cinco mil, los ingleses a veinticinco mil utilizables y los turcos también llegaban a veinticinco mil.

El 8 de mayo de 1855, el general La Marmorara arriba a Balaklava con quince mil sardos.

A fines de mayo, se envía una expedición a Kertch, compuesta de dieciséis mil hombres. En agosto, las fuerzas francesas en Sebastopol habían aumentado a ciento veinte mil hombres.

El 8 de septiembre se produce el asalto final, cuyo resultado es la evacuación de la plaza por parte de los rusos. Los aliados contaban, a la fecha, con una batería de ochocientas piezas de artillería.

La flota cooperó con las fuerzas terrestres y en los bombardeos de artillería del 17 de septiembre de 1854, con sus veinticinco buques. En septiembre de 1855, la flota constaba de treinta y cuatro buques listos para combatir.

En octubre de 1855 se envió una fuerza expedicionaria de nueve mil hombres a Kinbur, lográndose la captura de la plaza.

El mariscal Vaillant, en su informe como ministro de guerra al emperador

francés, estipula que se enviaron desde Francia a Argelia, trescientos diez mil hombres y cuarenta mil caballos, de los cuales sólo doscientos veintisiete mil regresaron a Francia desde Argelia.

El mariscal proporciona los siguientes datos (se refiere sólo a las operaciones francesas):

“El material de artillería que disponía el ejército del Este, estuvo compuesto de mil setecientos cañones, dos mil cureñas, dos mil setecientos carros, dos millones de proyectiles y nueve millones de libras de pólvora. Se enviaron al ejército tres mil toneladas de pólvora, setenta millones de cartuchos, setenta mil cargas de munición y ocho mil rockets.

El día del asalto final había ciento dieciocho baterías, las cuales durante el sitio habían consumido siete millones de libras de pólvora. Se necesitó un millón de sacos de arena y cincuenta mil esteras de mimbre rellenas con tierra.

De los materiales de ingeniería, se enviaron catorce mil toneladas. Los ingenieros construyeron cincuenta millas de trincheras, utilizando ochenta mil esteras de mimbre, setenta mil haces de ramas y un millón de sacos de arena. Para la subsistencia se enviaron, en combustible y forraje, cinco mil toneladas, en equipo de campo, ropas y arneses, doce mil toneladas. Abastecimientos sanitarios requirieron seis mil quinientas toneladas. En vagones de alimentos, ambulancias y equipo misceláneo, ocho mil toneladas. Lo que en total hace seiscientas mil toneladas. No es necesario agregar que datos similares emplearon los ejércitos ingleses, turco y sardo, proporcionalmente”.

En 1859, los españoles efectuaron un desembarco en Marruecos, con una fuerza de cuarenta mil infantes, para lo cual emplearon veintiún buques de guerra con

trescientos veintisiete cañones, además de veinticuatro cañoneras y numerosos transportes.

En 1860, una fuerza conformada por ingleses y franceses desembarcó en las costas de China, y luego de marchar sobre Pekín, dictó los términos de la paz. Esta expedición es notable, por cuanto un pequeño número de soldados se aventuró a tan gran distancia de sus fuentes de abastecimiento y socorro, desembarcando en playas hostiles para penetrar en el corazón del más populoso imperio del mundo.

La expedición francesa a Siria, de 1860, fue de pequeña magnitud y no tiene aspectos destacables.

Hacia el término del año 1861, el gobierno de los Estados Unidos envió una expedición de trece mil hombres a Puerto Royal, en la costa de South Carolina, uno de los estados separatistas. La flota compuesta por buques de guerra y transportes zarpó de Hampton Roads, al mando del capitán de navío Dupont, siendo dispersada por la neblina, pero las pérdidas de vida y materiales fueron pequeñas; a pesar de esto la flota logró reunirse. Una vez que las fuerzas navales silenciaron las defensas de la bahía, se produjo el desembarco de las tropas, al mando del general Sherman.

Inglaterra, Francia y España se encuentran en estos momentos (16 de enero de 1862) efectuando una expedición contra México. La primera acción consistió en la captura de Veracruz por las fuerzas españolas; los mexicanos no ofrecieron resistencia en este punto. El futuro verá el desarrollo de los planes aliados, pero el resultado final de esta contienda no puede causarnos dudas, cuando los tres estados más poderosos de Europa están operando en conjunto contra la débil y vacilante República de México.

